

GONZÁLES VIAÑA. *El camino de Santiago*. Lima: Editorial Planeta, 2017, 300p.

Épica de la sobrevivencia

La novela de González Viaña (Chepén, 1941), finalista del concurso anual de Editorial Planeta 2017, empieza con una atmósfera de tensión: un incidente desencadena la trama. Un joven ha sido capturado y se le somete a un severo interrogatorio. El joven Santiago es presionado para que revele quiénes son los otros “coyotes” que se dedican a pasar mexicanos por la frontera. El problema es que el viejo cree que Santiago oculta la identidad de sus cómplices. Santiago, confundido, niega que tenga cómplices. Asegura que es peruano y que no es parte de ninguna banda de “coyotes”. Sus captores le advierten que si no habla será entregado a un capitán que tiene fama de no tener piedad por sus prisioneros. Ellos insisten y le exigen que mencione nombres de los que integran la organización.

En medio de sus evocaciones, Santiago se acordará del sacerdote Mateo que alguna vez, en Huancayo, le explicó la historia del camino de Santiago, en España, y cómo hacen los peregrinos para orientarse y llegar a su destino. Se entiende, en ese contexto, que el tradicional viaje a Santiago es un camino de purificación, un camino a la vida, pero a la vez es un camino hacia sí mismo.

La novela trabaja con dos planos de significación. Alude al Santiago de la tradición de los fieles católicos, pero a la vez es el camino de Santiago que ha intentado, como muchos, el camino desde México a los Estados Unidos de Norteamérica. Cree que Estados Unidos es el país del éxito y el rápido progreso.

Su búsqueda se encuentra con una seria dificultad, pues ha sido atrapado por la guardia de frontera. Luego se dará cuenta de que ni siquiera es la guardia de frontera, sino otro tipo de organización. Mientras lo tienen capturado, Santiago rememora su pasado. Recuerda que alguna vez salió del Perú, que su padre murió de una enfermedad —eso le contaron—, que su madre fue víctima de la violencia que marcaron los años ochenta en el Perú. A los cuatro años de edad, Santiago había visto cómo arrasaron Acobamba, la tierra de su familia. La orden de los jefes era que acabaran con la vida de todos, que no quedaran vivos, que aunque no fueran subversivos había que matarlos para que sirva de escarmiento a los pobladores de otras aldeas.

El azar o el destino hicieron que Santiago fuera el único sobreviviente de la masacre. Naturalmente, los ejecutores de la matanza masiva buscaron a los posibles sobrevivientes porque no debían quedar testigos del pueblo arrasado. Los buscaron por todas las aldeas. Nadie dada razón de ellos. Era como si el viento o los dioses ancestrales hubieran ocultado sus pequeñas sombras. Fue así como Santiago logró escapar del cerco implacable de los ejecutores del grupo Colina.

Para Santiago, la búsqueda del camino es una búsqueda hacia el interior de sí mismo. Es la búsqueda de una identidad atormentada por el trauma de la violencia. Recordará los desesperados esfuerzos para burlar a los agentes y comandos inclementes que, de encontrarlos, iban a ejecutarlos. Caminar o buscar el camino es la gran metáfora por la que discurre la novela y la evocación de imágenes de la atrocidad. Pero la guerra no es solo la guerra de los ochenta, en verdad, se trata también de una violencia que llevada a un escenario mayor es la metáfora de todos los pueblos donde hay violencia y las personas tienen que huir para no ser ejecutados. La novela

se convierte en una épica de la sobrevivencia. Para ser más exactos, hay una doble metaforización: la primera, es que el joven Santiago simboliza a los peregrinos que van camino a la esperanza; la segunda, es la violencia inexorable que acosa a todos los migrantes que salen de un lugar con la idea de encontrar un ambiente de paz y condiciones dignas para vivir.

La novela hace constantes evocaciones. Es así como nos encontramos en 1985, cuando tocan la puerta de Sara y ella, intuyendo el peligro, le ordena a Cirila, su empleada, que escape con el niño Santiago, su hijo. El alférez que apresaa Sara es Telmo Colina. El comando arrasa el pueblo. No deben quedar sobrevivientes. La única que se salva, momentáneamente, es Sara. Telmo se enamora de ella y le da un trato distinto. En su imaginación fracturada y acomplejada, siente que su amor es correspondido.

En uno de los saqueos, Telmo encuentra una joya que le regala a Sara. Ella acepta el regalo y cuando iba a besarla, le hundió un cuchillo en el pecho. El ataque no tuvo el resultado que Sara esperaba. Solo le causó una herida a su opresor. Mientras ella atacaba, al alférez Colina, uno de los subalternos de Telmo, le disparó a Sara y la mató. Fue un incidente desconcertante. Unos kilómetros más allá detienen la camioneta en la que iban, baja el subalterno y Telmo lo decapita por haber matado a Sara. El hecho hace ver lo cruel y sanguinario que era Telmo. En ese estado de violencia no había lugar para los derechos ciudadanos. Pero cuando acaba la guerra interna, los jefes temen que los subalternos como Telmo Colina confiesen quién dio la orden de aniquilamiento masivo.

En sus afanes por cruzar la frontera, Santiago, apresado, termina siendo entregado al capitán Colina. Este personaje, pe-

ruano, es el que participó en los operativos de aniquilamiento implementados por el ejército en los años ochenta. El destino había querido que se encuentre nada menos que con el hijo de una de sus víctimas. Telmo le pide que haga recuerdos y constata que su prisionero es nada menos que el hijo de Sara. En un acto aparentemente inexplicable, no lo mata, se apiada de él. En el camino sufren un accidente vehicular y aunque Santiago tiene la posibilidad de matar a Telmo, no lo hace. Como en las buenas novelas, Telmo, pese a ser sanguinario, en la fase final de su vida, tiene un fondo de piedad. Santiago, a su vez, tiene la posibilidad de abalarlo, pero deja que el homicida siga su camino y que sufra su propio infierno.

La novela trata las peripecias de los migrantes que intentan pasar la frontera en busca del sueño americano, pero a la vez es la metáfora de esos caminos que recorreremos para encontrarnos con nosotros mismos. Y aunque aborda la violencia y crueldad de la guerra interna en el Perú, los personajes y las peripecias pueden corresponder a cualquier país que padece una guerra interna. Las guerras siempre vienen con esa secuela de atrocidad y desconcierto. Ese holocausto que luego reclama justicia. Un camino hacia la esperanza y, a la vez, a la reconciliación.

356

Con esta novela y algunos otros títulos, la narrativa en el Perú sale del simple relato realista mimético para trabajar los temas en el plano de la metáfora que hace que el mensaje alcance niveles de universalidad. González Viaña lo logró antes con *Sarita Colonia viene volando* (1990) y *El corrido de Dante* (2007).

Eduardo Huarag Álvarez
Pontificia Universidad Católica del Perú